

SEMBLANZA

Discurso pronunciado por el Doctor Alejandro Moreno Olmedo con motivo de la aceptación del Doctorado Honoris Causa de la Universidad del Zulia

Alejandro Moreno Olmedo
Centro de Investigaciones Populares
Correo electrónico: ciporama@gmail.com

Cuando, hace ya más de sesenta años, me asomé por la abierta portezuela del viejo cuatrimotor que me había traído de Roma a Maiquetía después de treinta y seis horas de vuelo, una ola de calor que ascendía del negro asfalto de la pista me envolvió por completo y se me introdujo violentamente en los pulmones. No sabía entonces que el calor me iba a acompañar durante el resto de mis días.

Muy pronto, sin embargo, ese bochorno guaireño se fue perdiendo hasta desaparecer a medida que subía a Caracas por la vieja y tortuosa carretera, y ser sustituido por el frescor de una fina garúa que entre leves neblinas caía sobre la ciudad que todavía conservaba muchos de sus techos rojos y su aire de amable primavera.

No tardó en reaparecer el calor, ése que nunca más me abandonaría, no ya en las volutas del aire sino en la mirada, en el abrazo, en la sonrisa, en la acogida y en la entrega del venezolano de todos los climas, de todas las alturas, de todos los campos y de todas las ciudades.

Ese calor me envuelve también hoy aquí en la acogida solemne y en el inmerecido homenaje que en la luz de esta Universidad se me rinde, pero sobre todo en el entrañable afecto de ustedes amigos tan cercanos, profesores, estudiantes y autoridades.

Mis primeros contactos con el calor zuliano no fueron con la tierra sino con la gente, allá por los años cincuenta, en la Táriba andina en cuyo Colegio San José me estrenaba como maestro bisoño, entre fallas y aciertos, y en el que muchachos de distintas zonas del Zulia estudiaban; internos en su mayoría. Una alegría exuberante, desinhibida, ruidosa, palabrera, hasta gritona, que se expresaba en la fácil carcajada, en la agudeza ingeniosa y chispeante, no exenta de cordial malicia, unida a una actividad desbordante en el juego, en la colaboración, en toda acción propia de la vida escolar, aunadas ambas a una inteligencia vivaz, intuitiva, aguda, los caracterizaba. El afecto en

ellos, tanto de amor como de ira, fluía en corriente continua que de la fuente interior manaba hacia fuera como si no quisiera acumular nada dentro. Quizás por ser mayoría en el internado o por sentirse muy orgullosos y seguros de su región, no se mezclaban mucho con los andinos, ni con los centrales o los llaneros que formaban el resto de la comunidad colegial. De lo suyo hablaban y de sus gentes conversaban. Conocí, así, por sus palabras, mucho antes de visitarla, la ciudad de Maracaibo. La Limpia, El Milagro, Delicias, Los Haticos, sus viejas calles, escenarios de infinidad de cuentos y anécdotas, sonaban repetidamente en sus conversaciones. Roñoquero y Mamblea enseñoreaban los chistes, Gavilanes y Pastora concentraban las controversias deportivas. Conocí también los para mí nuevos apellidos típicamente zulianos: unos cuantos Boscanes, algún Socorro, varios Bohórquez machiqueros, Veras de Encontrados, Brachos, Borjas, Fuenmayor y hasta algún Moreno de Maracaibo. Se burlaban con petulancia y descaro de los andinos que los ganaban en tenacidad, esfuerzo sistemático y reconcentrada vida interior y a los que avasallaban cuando de discusiones se trataba porque ellos aparentemente se dejaban vencer siendo que en realidad rehuían el conflicto porque sus armas verbales eran muy inferiores y retrasaban para otro momento la revancha, para cuando el orgulloso zuliano estuviera descuidado, cosa nada difícil pues la atención y la vigilancia no eran en él muy fuertes.

Reconozco que no fui imparcial. El calor humano de los zulianos estaba ahí, cercano, en todos los lugares y en todos los momentos, mientras resultaba difícil descubrirlo en su latente hondura más allá de la aparente frialdad y distancia del andino.

Los unos juzgaban a los otros desde la imagen que cada cual tenía de sí y de su grupo.

Para mí aquella no sólo fue una experiencia de la diversidad venezolana sino también del trasfondo de incompreensión que puede producirse entre distintos grupos humanos porque cada cual construye al otro con su propia mirada sin sospechar siquiera que el otro igualmente lo mira. ¿No sería más realista, verdadero y amistoso dejar de lado la mirada y comprender a cada grupo desde su propia manera de vivir la realidad total?

Ahí, a mi vocación de religioso y educador se añadió una nueva, la de psicólogo e investigador, impulsado por la necesidad de comprender el fondo de cada cual, el manantial de la vida que me diera razón de las diversidades y me permitiera acoger a todos desde ellos mismos superando los juicios y estimaciones..

Fue, muchos años después, en ocasión del primer congreso sobre familia auspiciado por la Escuela de Trabajo Social de esta universidad de LUZ, cuando entablé lo que debía ser un contacto fugaz pero que en el doble calor de atmósfera y humanidad, se volvió permanente, profundo y entrañable..

El tiempo transcurrido y el trayecto intelectual recorrido me habían llevado de la psicología clínica y educacional a la psicología social, a las ciencias sociales como un todo integrado, a las indagaciones en antropología urbana popular venezolana; de mi disciplina a la interdisciplina y a la transdisciplina; de los métodos tradicionales a los cualitativos desde donde aterricé en las historias-de-vida no ya como método ni técnicas sino como todo un mundo epistemológico con indiscutible identidad propia en la que objetivos, objeto y sujeto del conocimiento se redefinen y resignifican.

Traía en esos días a esta Universidad de luminoso nombre, los primeros resultados de mis investigaciones sobre el pueblo venezolano que estaban ya empezando a ser conocidas en ámbitos todavía limitados del país. Desde entonces repetidamente aquí he dictado cursos, talleres, seminarios, conferencias, he facilitado tesis, he participado en congresos, encuentros y jornadas dando de mí lo que se me ha pedido y recibiendo a cambio mucho más en amistad, acogida, aprecio y valoración superior con mucho a la que considero merecer. Aquí las Ediciones del Vicerrectorado Académico sacaron a la luz la primera edición rápidamente agotada de una de las obras más importantes del Centro de Investigaciones Populares, la que intenta penetrar en las entrañas de la violencia actual que a todos nos acosa y amenaza: "Y salimos a matar gente".

Una zuliana, con nombre de pájaro cantarín y despierta inteligencia, que estudió trabajo social en esta universidad aunque se graduó en la UCV, forma parte de ese Centro y participa en la obra citada. Su tesis doctoral sobre un tema zuliano y de familia está a punto de salir de imprenta.

El Centro de Investigaciones Populares es hasta ahora el logro culminante no sólo de mi labor investigadora sino también, y quizás sobre todo, de mi trabajo como educador, iniciado hace ya cincuenta y nueve años como maestro de tercer grado y nunca abandonado. En distintos tiempos y lugares pero ininterrumpidamente, en efecto, me ha tocado enseñar desde primaria y bachillerato hasta todos los niveles universitarios y desde hace veinte años en el selecto grupo del CIP cuyos participantes en algún momento fueron mis alumnos y hoy son profesores en distintas universidades, en el que entre todos hemos

formado una familia que debate, profundiza y produce sin limitaciones ni inhibiciones pero con disciplina exigente, sistematicidad y profundidad los más variados temas intelectuales, asesora las tesis de maestría y doctorado de los miembros e investiga colectivamente como lo prueban distintas publicaciones .

No creo pecar de inmodestia, porque no es obra mía personal sino colectiva, si afirmo que hemos abierto vías completamente nuevas al conocimiento del pueblo venezolano replanteando y redefiniendo las bases epistemológicas desde las cuales abordarlo sin prejuicios y los procedimientos metodológicos y transmetodológicos, (nosotros hablamos de metódica y no de método), apropiados.

La inadecuación, que se nos ha mostrado evidente, del abordaje exterior y centrado en la observación, típico de los clásicos métodos de las ciencias sociales, me exigió desde un principio, cuando investigaba y reflexionaba por mi cuenta, y a todo el grupo luego cuando nos constituimos en equipo y familia de trabajo, la convivencia plena de práctica y sentido con ese pueblo para poder elaborar desde él y desde su interior un conocimiento comprensivo que no lo ficcionara.

78

La crítica epistemológica actual al concepto de ciencia tradicional y a sus métodos me abrió la posibilidad de emprender procesos de investigación que pudieran desembocar en un conocimiento no ya descriptivo sino profundamente comprensivo del mundo-de-vida popular venezolano en el que estaba inserto y acceder así a su sentido más allá de los datos que se muestran a la evidencia.

El sentido no está a la vista sino que está en los significados. Estos tampoco están a la vista. Lo que está a la vista son los datos. Los significados son las condiciones de posibilidad de los datos, aquello sin lo cual el dato simplemente no sería o no sería el que es. Sólo trascendiéndolo, no negándolo, pero sí desconstruyéndolo, podemos acceder a lo que da razón de su existencia, al sentido. Las prácticas de vida que viven en las historias-de-vida y que en ellas no son simplemente prácticas ejecutadas o en ejecución sino prácticas narradas y por tanto puestas en un lenguaje, en el marco de unos significados y de un sentido, trabajadas mediante un proceso hermenéutico de deconstrucción y reconstrucción, nos permiten penetrar en las raíces dinámicas del mundo-de-vida al que pertenecen y que llevan en su estructura.

Vattimo ha encontrado una expresiva metáfora para señalar cómo es posible decir verdad o enunciar proposiciones válidas sobre una realidad: la metáfora del habitar. Un conocedor habla siempre desde el universo lingüístico, humano y cultural que habita y en ese marco y no en otro tienen validez sus enunciados. Lo que no dice Vattimo es que

no sólo habitamos un universo cultural sino que al mismo tiempo somos habitados por él. Si un investigador que pretenda decir verdad sobre la realidad popular venezolana habita el universo académico dirá la verdad del mundo académico pero no la verdad del mundo popular a menos que ambos sean idénticos, una identidad que no es lícito negar ni afirmar de partida.

Se trataba, pues, para quien estas palabras pronuncia, habitante del mundo académico, de ponerlo entre paréntesis mediante un proceso de epojé, y habitar el mundo popular y ser por él habitado, eso que he llamado implicación e implicancia.

Ahora bien, cuando se está implicado en el mundo-de-vida popular venezolano, hay que abandonar la metáfora del habitar, porque se queda en imagen, y trascenderla cayendo en lo concreto y sensible que es el convivir. Fue ahí, en la convivencia cotidiana, en el dentro del discurrir diario de la vida, en eso que he llamado vivimiento, donde se abre la posibilidad de enunciar proposiciones válidas sobre ese mundo desde sus propias claves, desde su propio ámbito cultural, lingüístico y antropológico. A este tipo de investigación la he llamado investigación convivida, totalidad integrada de postura epistemológica, horizonte hermenéutico y procesos de producción cognoscitiva.

Todo esto pediría una ampliación, profundización y justificación para lo cual no es este el momento indicado porque exigiría tiempo que excedería los límites de este acto. En "El Aro y la Trama", una obra que ha tenido una acogida para mí sorprendente, he desarrollado ampliamente las razones y los fundamentos de todo este trabajo.

Hasta aquí he llegado junto con los compañeros del CIP y en esto estamos por el momento. La investigación no se estanca ni se cristaliza, sigue abierta a las posibilidades del futuro.

Decir gracias por este doctorado honoris causa tan generosa y calurosamente concedido me parece excesivamente poco, pero ni en el español castellano ni en el castellano marabino encuentro palabras con las que expresar mis sentimientos de gratitud y al mismo tiempo mi conciencia de poco merecimiento. Todo lo que puedo decir es que me brota con sinceridad y emoción de las profundidades del ánimo a la Universidad del Zulia como comunidad integral, a la Escuela de Trabajo Social, a sus autoridades, a los colegas profesores, a los estudiantes con muchos de los cuales he compartido horas de trabajo, a las secretarías cuyo trato ha sido siempre tan amable y a los demás empleados y trabajadores. He sentido su calor de viva humanidad y no sé cómo devolvérselo.

No he querido nombrar a nadie en particular porque la lista sería muy larga y no quiero fiarme de mi ya avejentada memoria no vaya a ser que olvide a alguno. Cada uno sabe que ocupa su puesto en mi cariño.

Gracias.